



LAS GRANDES MUJERES GALLEGAS

Discurso pronunciado por
el Muy Ilre. Sr. D. An-
tonio López Carballeira, Ca-
nónigo de la S. J. Primada
de Toledo, en las fiestas que
en honor de María Pila ce-
lebró la ciudad de La Coruña
en el mes de Agosto de 1916

La Coruña: 1916

Imp. de "La Voz"

A. Mozo

XX. 1551

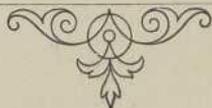
PB C41-1

CB11030537

Tfm 601348

Las
Grandes Mujeres Gallegas

Sermón del Voto de La Coruña



Santiago, 22 de Septiembre de 1916.

Nihil obstat

José da Viña Trasmonte.

Santiago, 22 de Septiembre de 1916.

Imprimatur

El Cardenal Arzobispo.

Hay un sello que dice:

"Arzobispado de Santiago de Compostela."

Por mandado de S. Ema. Rvma.

Lic. Miguel Fernández.

Srio.

≡ ≡ ≡ **LAS** ≡ ≡ ≡

GRANDES MUJERES GALLEGAS

DISCURSO PRONUNCIADO
EN LAS FIESTAS QUE EN
HONOR DE MARIA PITA
CELEBRÓ LA CIUDAD DE LA
CORUÑA EN AGOSTO DE 1916,
POR EL MUY ILTRE. SEÑOR

DON ANTONIO LÓPEZ CARBALLEIRA

≡ ≡ ≡ **CANÓNIGO DE LA S. I. PRIMADA DE TOLEDO** ≡ ≡ ≡



— LA CORUÑA —
 TALLERES TIPOGRÁFICOS DE "LA VOZ DE GALICIA"
 1916





A la dulce memoria de mi madre

María;

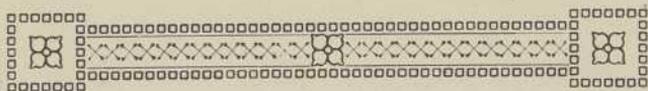
a mis muy queridas hermanas

Carmen y Dolores,

religiosas de la Enseñanza,

homenaje cordial.

A. L. C.



“Mulierem fortem ¿quis inveniet? Procul et de ultimis finibus pretium ejus.”

“¿Quién hallará la mujer de valor? Raro y extremado es su precio.”

(Prov. Cap. XXXI: vers. 10.
Trad. de Fr. Luis de León.)

Excelentísimo señor:

Señoras y señores:

La región gallega es una región de ensueño.

Mejor que los que la habitan permanentemente, los que viven, como yo, desterrados de ella, aprecian la sugestión de sus encantos seductores. La humana fantasía, al columbrar a distancia los objetos, los transforma e idealiza.

¡Qué bella es Galicia vista desde el corazón de la meseta castellana!

La imaginación la evoca entre el yermo de aquellas llanuras inscendables, como un edén de hermosura ultraterrena.

Lo que cuentan los viajeros africanos que es al ardiente desierto el oasis de frescura y amenidad, eso

representa, evocada desde Castilla, la visión de esta tierra privilegiada.

Allá, todo es aridez austera, lejanía monótona, dureza varonil; acá, todo es sonrisa insinuante, variedad armoniosa, encanto femenino. Esta palabra, encanto femenino, expresa la característica de la visión de nuestra tierra.

Preséntase el suelo rizado de elegantes ondulaciones montañosas y mórbidas turgencias de graciosas curvas; el mar oceáno, perdida su fiereza ante tan avasallador encanto, la ciñe suavemente y la acaricia con el adormecedor abrazo de las múltiples y maravillosas rías; la blanca niebla tiéndese sobre ella como velo virginal de pudoroso atractivo; el verdor eterno de sus pinares y la jugosa exuberancia de sus valles y praderras, delatan una fresca juventud perenne; convida al idilio la placidez de las aldeas aisladas; los puertos se abren hospitalarios a la convivencia de las gentes; el habla es dulcísima y halagadora; la fantasía se desborda en las leyendas, y el sentimiento, en la poesía y las canciones populares; el espíritu está impregnado de grandes añoranzas místicas: sí, Galicia es una región paradisíaca, un edén en la tierra; pero un edén impregnado todo él de feminismo; como si dijéramos, un paraíso singular creado tan sólo para esa Eva enigmática que llamamos la mujer.

Por eso, con ser tan celebradas las maravillas y bellezas de Galicia por todo el mundo, ninguna debe serlo tanto como la mujer gallega, que es, a la vez, síntesis espléndida y excelsa corona de todas esas bellezas maravillosas.

La mujer gallega, no sólo resume en sí todos los encantos naturales de la tierra en que nació, reflejados

en los encantos físicos que en ella tanto admiran los extraños, sino que también, por original fenómeno, que se creería privilegio de nuestra raza, ella, a la vez, parece sintetizar toda la energía y virtualidad de nuestro pueblo en todos los órdenes de la vida.

Es un caso extraño, señores; a la mujer, tanto como al varón, o más que a él, lo que no ocurre en los otros pueblos, hay que reconocer que se hallan vinculadas en el nuestro, directa o indirectamente, las más grandes glorias morales e intelectuales, artísticas y literarias, guerreras y religiosas.

Y de este extraño fenómeno debemos en justicia enorgullecernos.

El problema de la influencia de la mujer en la marcha de la civilización, planteado en nuestros días, por fin, con valiente energía, es uno de los grandes problemas del porvenir.

La hermosa región que ha producido, como flor radiante y gala de su ubérrima fecundidad, tan glorioso tipo femenino, tiene derecho a prometerse espléndidos frutos de progreso y a concebir risueñas esperanzas de sus fuerzas vitales y creadoras.

Pero aún hay más: la mujer gallega, no sólo compendia los encantos físicos y las glorias morales e intelectuales de su pueblo; compendia también toda su historia.

Yo quisiera demostraros hoy este punto; haceros fijar vuestra atención en él, con este mi breve discurso.

Yo considero que esta magnífica fiesta, que anualmente celebra la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de La

Coruña, capital de Galicia, por mil títulos ilustre, de rancío abolengo y modernas aspiraciones, donde el tipo femenino alcanza supremo esplendor; esta fiesta en honor de una mujer ilustre, de una gran heroína, es el homenaje anual que Galicia entera ofrece, por mediación vuestra, no a una gran mujer, sino a todas esas grandes mujeres que os voy a demostrar cómo sintetizan su historia, a través de los siglos.

Dejando a un lado los tiempos prehistóricos, en que ya resalta su grandeza, yo repaso las memorias de nuestra edad antigua, de nuestra edad media, de nuestra edad moderna, y advierto que cada una de estas edades se personifica en una gran mujer, brotada de nuestro pueblo: la edad antigua, en la monja Eteria; la edad media, en Santa Ilduara; la moderna, en María Pita.

Y advierto otra cosa con dolor: que Galicia desconoce sus grandes mujeres; que algunas de ellas son tan excelsas como ignoradas; alguno de sus nombres sólo es conocido de contadas personas cultas; no se ha popularizado.

Yo quiero que desde esta cátedra augusta descienda hoy su nombre a la masa del pueblo, acaso por vez primera, rodeado de toda su gloria.

Los resplandores que proyecten las dos primeras figuras, servirán para abriarnos la senda de luz al fin de la cual se alzaré brillante, cerrando la magnífica tríada, vuestra heroína coruñesa, Mayor Fernández da Cámara Pita.

Grandes las he llamado a las tres; veréis cómo, sin desdoro, pueden ponerse al lado de las grandes mujeres de la Humanidad.

I

He dicho que iba a pasar por alto la genealogía de la grandeza femenina en nuestra tierra, en la edad pagana y en los primeros tiempos de lucha entre el paganismo decadente y el cristianismo triunfador.

Sagaces y eminentes autores, al tratar de descubrir la razón genética de tal preeminencia, buscan sus raíces, a mi ver muy acertadamente, en el fondo de la raza céltica, de donde esa mujer surge, y en la especial condición de que gozaba en esos pueblos, muy apta para fomentar el intenso desarrollo de su influencia social, de sus facultades morales y sentimentales y de la cultura de su inteligencia.

Pudiera presentaros toda esa tradición antiquísima, perpetuada en organizaciones sacerdotales informadas acaso del espíritu druídico, como encarnada también en una mujer extraordinaria, tipo legítimo de la raza, Agape, la amiga y maestra del heresiarca Prisciliano, de gran belleza física, de gran talento natural, de refinada cultura, de altas iniciativas, que tenía indudablemente, como observa un autor, mucho de druidesa, aficionada a la ciencia esotérica y gnóstica y ardiente propagadora de sus ideas religiosas.

Pero considero que hablo bajo las bóvedas de un templo y no quiero evocaros hoy, desde este lugar, más que las grandes figuras impregnadas de la savia purísima del cristianismo ortodoxo.

Un solitario famoso del Bierzo, el gallego San Valerio, que vivió en el siglo VII, en la gruta de rocosa

montaña, entregado a la oración y aspereza de vida, entre sus admirables obras, nos legó una carta, escrita para edificación de los monjes, y en la cual traza en enérgicas y entusiastas pinceladas la silueta de la bienaventurada Eteria. En nuestros días, en el año 1884, apareció en Arezzo un misterioso códice incompleto, en el cual se describía el maravilloso Viaje a Tierra Santa de una intrépida peregrina del siglo IV. No llevaba nombre de autor. Este códice excitó la curiosidad universal; se hicieron luego de él ediciones comentadas en Italia, Rusia, Inglaterra, Austria, Estados Unidos y Alemania. Se atribuyó a varias mujeres famosas en aquella época; los doctos se aplicaron a identificar la verdadera autora del interesantísimo manuscrito, y sobre él salieron luego a luz, y aún continúan saliendo, múltiples estudios de liturgia, de disciplina, de filología, de etnología, de antigüedades, de geografía, suscitados por el precioso códice descubierto. Pero ¿quién era la ilustre autora? Un sabio benedictino extranjero que estuvo de propósito aquí en Galicia, Ferotin, tuvo al fin la fortuna de dar solución al gran enigma. La autora del manuscrito que tanto inquietaba a los sabios del mundo entero, no era otra que la monja gallega Eteria, cuyo panegírico con tanto entusiasmo había escrito San Valerio en su carta. Grande fué la gloria que este escritor recabó para Galicia.

¡Qué mujer tan admirable!

Nos hallamos en plena antigüedad galaico-romana; ocupa el solio imperial del mundo el gallego Teodosio, el último gran emperador romano, que, hecho dueño único de todo el imperio, supo conservarlo en su integridad mientras vivió, resistiendo al creciente empuje de los bárbaros, próximos a desbordarse, y establecien-

do en él la unidad religiosa; Galicia florece en civilización y expansiona libremente sus naturales energías de todo orden; disfruta nuestra región de una verdadera edad de oro; de su seno brotan tendencias tan típicas y originales como la religión priscilianista, y hé aquí que una religiosa, abadesa de un convento perdido entre los valles de esta región extrema occidental del imperio romano, lindante con el mar, concibe atrevida idea; para aquel tiempo, extraordinaria aventura, en que no menos que su piedad fervorosa y santidad heroica, resaltan su fortaleza de ánimo, su generosa decisión, su emprendedor espíritu, su afán de saber, su exaltación ascética, sus grandiosos pensamientos; todos los más excelsos elementos de un gran carácter.

¿Sabéis cuál fué su idea? Recorrer en devota peregrinación todo el mundo entonces conocido, para visitar todos los santos lugares, templos, desiertos, montes, sepuleros sagrados, de que había hallado mención en el Antiguo y Nuevo Testamento y las Vidas de los Santos. Idea en verdad gigantesca, dados los medios de comunicación de entonces y la enorme dificultad de su realización; que, como dice San Valerio, no en una débil doncella, sino en los más robustos varones, sería de admirar sólo el haberla concebido. Espíritu exaltado e idealista, místico y aventurero, de nobilísimo arranque, de quiméricas aspiraciones.

Y lo más admirable es que tal como lo piensa, lo pone en práctica. Saliendo de Occidente, dice su panegirista, luego se presenta en Oriente: son tan gigantes su fe, su caridad, su esperanza y temor de Dios, que ni le arredran los mares procelosos, ni las torrenciales corrientes de los ríos, ni los arriscados montes y desiertos arenales; no la hacen retroceder las tribus salva-

jes e impías; no la abaten las fatigas durísimas e incesantes, ni las inclemencias de los climas; voluntad férrea e indomable, da a su cuerpo frágil y delicado la resistencia del acero, y soporta valerosamente los heroicos trabajos de su peregrinación terrena, pensando en la recompensa celestial; renuncia al temporal descanso, para lograr el eterno reposo, y se hace voluntaria peregrina durante tantos años en la tierra, para conseguir la gloria del reino de los cielos.

En alas de su fe entusiasta, y con audacia singular, recorre provincias, visita ciudades, escala montañas en todas las regiones del mundo, buscando las sepulturas de los mártires y los escenarios de los grandes recuerdos bíblicos, para fomentar las ardientes expansiones de su oración elevadísima y servir de edificación y ejemplo de virtud activa y avasalladora a todas las gentes. ¡Temple maravilloso el de esta virgen gallega!

Después de atravesar toda Europa, llega a Constantinopla, residencia entonces de la familia imperial, y es recibida honrosamente por el emperador y por la nobleza española, transformada de súbito en patricia oriental; se le dan para su fantástico viaje toda suerte de facilidades, privilegios y cartas de recomendación; se ordena que la acompañen escoltas al atravesar parajes peligrosos, y que los señores de las fortalezas, la protejan en sus atrevidas jornadas; se recomienda a los obispos, clérigos y monjes, la reciban en sus iglesias, diócesis y cenobios, con todo el agasajo debido a su relevante mérito y ejemplar decisión, y la sirvan de guía y la acompañen en sus caminos; creen algunos que todo esto sería debido a su parentesco o amistad con personajes de la corte imperial, de origen gallego.

Y conseguido esto, se dirige a Egipto, se interna en las famosas soledades de la Tebaida y visita sus gloriosísimos cenobios, y penetra hasta las ergástulas de los anacoretas; admira las maravillosas construcciones de aquellas grandes ciudades: Alejandría, Rameses, Menfis, Eliópolis; la hermosura, amplitud y fertilidad de las provincias de las riberas del Nilo; emprende la ruta que los israelitas siguieron al salir de Egipto hacia la tierra de promisión, a través de la península arábiga; cuatro años emplea en recorrer Palestina, Siria y Asia Menor, y con piadosa diligencia se detiene en los sitios más memorables; sube a la elevada cumbre del Sinaí, donde se promulgó la ley antigua; al monte Nebo, desde donde Moisés avistó la tierra de promisión; al Farán, donde aquel gran legislador oró para obtener la victoria contra sus enemigos; al Tabor, lugar de la Transfiguración gloriosa de Cristo; al Hermón, cátedra desde la cual se promulgaron las bienaventuranzas, código eterno del cristianismo; escala el monte de Elías y el de Jericó, y en los santuarios que encuentra en todos estos célebres parajes, con arrebatos de gozo y efusiones de acción de gracias, ofrece votos y sacrificios al Omnipotente. En la antigua Salén le muestran las ruinas del palacio de Melquisedec; en el Jordán y Mar Muerto, los venerables vestigios de la tradición; en Edesa, la sepultura de Santo Tomás y del Rey Abgar; en Selencia, la de Santa Tecla. Vuelve a Constantinopla para hacer otra expedición a Efeso, siguiendo las huellas de San Juan Evangelista; no son capaces de detenerla en su arrojado y místico, sino las últimas fronteras del imperio romano, al llegar a los confines de Persia y de Mesopotamia, después de atravesar el río Eufrates.

Y en medio de tan agitadas excursiones, redacta las memorias de sus viajes, que se acaban de descubrir, por suerte, en nuestros días, y escribe cartas confidenciales a sus hermanas las monjas del monasterio de Galicia, comunicándoles, para su consuelo y edificación, sus múltiples impresiones, en su estilo ingenuo y llano, entremezclando observaciones sagaces, descripciones pintorescas, discretas advertencias, y explayando en ellas su alma tan pura, tan simpática, tan femenina.

Ah, señores, ¿qué figura es ésta que he hecho surgir rápidamente a vuestra atónita mirada? ¿No os sentís avasallados por la excelsitud sublime de esta monja gallega? Decidme: al trazar este bosquejo tan somero, ¿no ha surgido en vosotros la evocación espontánea de otra mujer sublime, una de las más grandes de la Humanidad, a quien acaso únicamente cabe comparar a nuestra heroína? ¿No os evoca el nombre de Eteria, sin esfuerzo, el nombre augusto de Teresa de Jesús? ¿No nos será lícito parangonarlas?

Ah, sí; esta tierna e intrépida virgen gallega, que, sugestionada en su juventud por las lecturas de la Biblia y de las Vidas de Santos, acaricia el sueño de recorrer después todos los lugares de las escenas que tan profundamente hirieran su imaginación de adolescente, y tiene arrestos para realizar ese sueño místico, a la vez monja, aventurera, escritora y santa, es hermana gemela de la arrebatada y aventurera virgen de Avila: es la Santa Teresa gallega.

Y sin embargo, decidlo con franqueza: ¿cuántos entre vosotros conocíais tan sólo su nombre? ¿Es que el haber nacido en esta región ha de ser causa de que fatalmente se eclipsen nuestras más altas y legítimas glorias?

Quede el nombre de Santa Eteria grabado de un modo indeleble en vuestro recuerdo; de esta heroína desconocida, que tan brillantemente personifica la edad antigua cristiana de Galicia.

I I

Penetremos en las tenebrosidades de la edad media, en ese lapso misterioso de diez centurias a la vez caóticas y creadoras, cuyo punto de partida marca el desbordamiento de los bárbaros sobre Europa, que debió sorprender a Eteria al final de su épico viaje (siglo V), y cuyo término señala el alborear de los modernos tiempos en el siglo XV.

El siglo X es el corazón de la edad media. Hasta entonces, las sombras, las tinieblas del caos de aquella gran civilización, íbanse espesando gradualmente; desde entonces fuéronse, poco a poco, esclareciendo, engendraron las magnificencias del siglo XIII y prepararon la gloria del Renacimiento.

El siglo X, a pesar de los esfuerzos hechos para rehabilitarle, no cabe dudar que fué crítico en los anales del mundo.

Pues, precisamente, de entre las sombras y profundas tinieblas de la noche suprema que representa esta centuria, yo voy a hacer surgir otra gran figura de mujer gallega, tan desconocida también como en alto grado ilustre; síntesis acabada y personificación de aquellos tiempos; cuyo nombre sólo se cita de pasada por los historiadores y cronistas, con evidente injusti-

cia; mujer soberana, que sobre tan obscuro fondo se destaca como blanca visión, rodeada de luminosa aureola y envuelta en nimbos de idealismo, con faz serena y sonriente, con dulce ademán, con atractiva hermosura, con sin igual hechizo de pureza y santidad.

Lleva el bello nombre de Ilduara; es la madre de San Rosendo, el gran obispo gallego.

Yo, señores, que dediqué un trabajo al estudio de este preeminente personaje, me asombré de que la memoria de su madre incomparable, se haya reducido tan sólo a la forzosa y ligerísima mención que de ella han de hacer los biógrafos y panegiristas de su glorioso hijo, cuando precisamente sería inexplicable la grandeza del hijo sin la grandeza preeminente de su madre.

Tales injusticias tienen que hallar en nuestro pueblo reparación debida.

¿Qué importa que las avaras crónicas medioevales hayan escatimado pormenores y datos sobre su vida, si los que conservamos son algo así como los vestigios fragmentarios, y en parte borrados casi por la acción del tiempo, de maravillosa obra, que, merced a ellos, nos es dado reconstruir o adivinar en su integridad espléndida?

Nacida de nobilísima prosapia de sangre real, hija de los condes de Lugo, emparentada con toda la nobleza gallega y leonesa, desposada con el conde D. Gutiérrez Menéndez de Arias, caudillo y conquistador ilustre, no sólo consiguió del cielo con sus oraciones y lágrimas aquel hijo predestinado, fruto de bendición y gloria eterna de su país. Ella fué la que formó y modeló con sus santas manos aquel gran carácter; ella la que con su sangre generosa le transmitió la generosidad de sus levantados sentimientos, de sus nobles as-

piraciones, y con su educación sabia provocó el pujante desarrollo de las complejas energías latentes en germen en su tierno vástago, y que tan triunfalmente habían de revelarse al mundo, andando el tiempo, en brillantísima florescencia.

Pero ¿qué de extrañar es que la gloria de la madre se halle como absorbida por la gloria del hijo, si aun la de éste podemos decir que nunca brilló en nuestro pueblo con todo el esplendor que en sí encierra y que tanto más parece acrecentarse cuanto más se examina, de tal suerte, que al celebrarse hace pocos años el milenario de tan gigante figura, casi se hizo preciso volver a descubrirla ante la presente generación?

¿Cómo vamos a medir el mérito de la nobilísima condesa, si no tenemos idea exacta del mérito del hijo glorioso, que supo formar y educar con tan alta sabiduría?

Yo lo he dicho categóricamente en otra ocasión: San Rosendo, monje, obispo, fundador, contemplativo, político y guerrero, reformador social, santo de la Iglesia, pertenece al tipo de los grandes guías y caudillos de pueblos; es decir, pertenece al tipo supremo de los genios directores de una raza.

Hoy, aún os lo voy a revelar más claramente.

San Rosendo es un genio gemelo del de Cisneros.

Maravilloso paralelo cabe hacer de las biografías de entrambos.

Cisneros, desde su adolescencia comienza por asistir a las escuelas de Alcalá y Salamanca, para imponerse en la ciencia y formarse para el estado eclesiástico; San Rosendo, a los doce años se dirige a la Catedral-monasterio de Dumio, donde los sabios hijos de San Benito, le preparan para recibir la sagrada tonsura; a pe-

sar de sonreír desde luego a ambos un brillante porvenir eclesiástico y la esperanza de ocupar distinguidos puestos, ambos renuncian las pompas mundanales e ingresan en la vida religiosa; el uno, en la orden franciscana; el otro, en la benedictina; en religión, hacen una vida austerísima y contemplativa, más que de cenobitas, de solitarios del desierto: Cisneros habita una cueva entre las asperezas de los montes de Toledo, y pasa las noches orando; Rosendo se retira al grandioso desierto de Cabeiro, donde recibe radiosas ilustraciones celestiales; ambos pasan como repentinamente y con gran resistencia, de su aislada vida oculta a la vida pública: Cisneros es nombrado confesor de Isabel la Católica y provincial de su orden; Rosendo es proclamado obispo de Dumio a los dieciocho años; los dos se aplican, como principio de su gobierno, a restaurar la disciplina religiosa, profundamente relajada en sus respectivas órdenes, con gran energía: Cisneros es nombrado arzobispo de Toledo, y funda la famosa Universidad de Alcalá, foco brillante de la cultura patria, de donde salen obras como la "Biblia políglota complutense"; San Rosendo funda el admirable monasterio de Celanova, con escuela universitaria, centro de toda la cultura gallega, de donde salen notables maestros y escritores; Cisneros emprende, al frente de sus tropas, la gloriosa conquista de Orán, que logra arrancar de las garras de los sarracenos, y ciñe su frente con el laurel de la gloria bélica; San Rosendo, acaudillando también personalmente sus huestes, bate a los moros en Portugal y libra a Galicia de formidable invasión de los normandos, aniquilando su ejército y quemando sus naves, y es recibido en triunfo en Compostela; Cisneros recibe el título de regente de Castilla durante la minoría de D. Carlos,

refrena a la nobleza y fomenta por todas partes la justicia; San Rosendo es nombrado virrey de todo el territorio gallego, en la minoría de Ramiro III, y como regente de Galicia, dirime las contiendas de los grandes señores, cuyas pasiones se estrellan en su integridad, castiga todos los desmanes y ampara todos los derechos; Cisneros no practica otra política que la que llama nuestro Feijóo la política más fina: verdad en las palabras y justicia en los propósitos; San Rosendo no tiene otra orientación que la rectitud de su elevada santidad; ambos aparecen dotados de un conjunto de cualidades en apariencia contradictorias: contemplación y acción; afición a las armas y a las letras, a la política y al claustro monacal; ambos reposan a la sombra de los grandes monumentos en que encarnaron sus ideales: el uno en Alcalá; el otro en Celanova; uno y otro, finalmente, se hacen acreedores a los homenajes que los pueblos dedican a sus bienhechores más insignes.

Ved, señores, por este parangón, la altura en que ha de colocarse a San Rosendo.

Pues bien, si lo examináis atentamente en las crónicas, veis que en toda esa biografía maravillosa, no se refleja otra luz que la que proyecta sobre ella la figura de Santa Ilduara.

El ejemplo de su madre celebrando las fiestas familiares con frecuente liberación de siervos, formaron el futuro reformador social: ella supo encaminarlo suavemente al estado místico del sacerdocio; adivinando su misión, y en premio a su perseverancia, le hizo el delicado presente de la casulla, estola y manípulo con que celebró la misa, bordados en plata y oro por su propia mano, que se conservaron largos siglos; ella alentó la grandiosa obra del monasterio de Celanova, que se edi-

fió de sus bienes parafernales, y le donó vastas haciendas y posesiones, en memoria de su amado difunto esposo, para que la memoria de ambos cónyuges, dice en la escritura, fuese siempre unida; el mismo San Rosendo consigna en su magnífico testamento, que aquella gran obra se llevó a cabo con la cooperación de su madre Ilduara; jamás perdió de vista a su hijo; ella, que había sido buena hija, ejemplar madre y amante esposa, muerto su marido, hizo construir un convento y una iglesia, derruida aún en nuestros días, a la vista de Celanova, en el lugar de Villanueva de la Condesa o de las Infantas, y allí finó sus días rodeada de su familia y en brazos de San Rosendo, que la hizo sepultar con todo honor en la iglesia de su monasterio.

Nada más os diré: si a Isabel la Católica debe Castilla admiración y gratitud por haber adivinado el genio de Cisneros, para bien de la patria, ¿qué admiración y reconocimiento debe nuestra tierra a la mujer que supo, no ya adivinar, sino formar a nuestro Cisneros del siglo X? ¿No es comparable esta gran dama medioeval gallega, a aquella otra tan admirable doña Blanca de Castilla, madre de San Luis, rey de Francia? ¿No hay en su vida el perfume de la atrayente santidad de la amada Santa Isabel de Hungría?

¿Por qué no hay jóvenes gallegas que lleven, para popularizarlos, los nombres de Eteria o de Ilduara, de estas dos grandes santas de la Iglesia y grandes glorias de la región, nombres dulces, eufónicos y evocadores?

III

Pero pasemos ya a la edad moderna.

Trasladémonos, por un instante, a aquellos tiempos memorables que siguieron al reinado de los Reyes Católicos: los cuales, al establecer la unidad religiosa, base de la nacional de sus estados; al terminar la obra de la secular reconquista; al iniciar la incursión victoriosa de los tercios españoles por Europa; al patrocinar el descubrimiento del Nuevo Mundo, parecen destinados por la Providencia para abrir las puertas gloriosas y monumentales por donde España penetre soberana en su incomparable edad de oro, para llegar a ser la dominadora del mundo.

Trasladémonos al momento histórico del mayor apogeo de esa grandeza de nuestra patria, cuando, después del colosal esfuerzo que representa la brillante serie de campañas de Carlos V, para fundar aquel vasto imperio de la raza ibérica, que abarcaba el planeta, España se contempla serenamente en la cumbre de su poderío, y ejerce de hecho la hegemonía política sobre el continente europeo, personificada en aquel extraño rey que se llamó Felipe II.

En ese momento tiene lugar un trascendental conflicto entre dos grandes poderes irreductibles: el uno, España, que dominaba el mundo; el otro, Inglaterra, que se aprestaba a dominarlo.

Enemigas entonces irreconciliables, entre ambos pueblos ahondaban las rivalidades y los odios enconados, no sólo las contrapuestas aspiraciones políticas, de

suyo tan feroces siempre como egoístas, sino, además, el antagonismo religioso, base de división suprema. Felipe II encarnaba el poder de España y la preeminencia del principio católico; Isabel Stuard encarnaba la aspiración británica y el principio protestante.

El sagaz Felipe II quiere asestar golpe de muerte a su terrible adversario, como adivinando cuál era la virtualidad de su enorme fuerza, y lanza contra Inglaterra la famosa Armada Invencible, con ciento treinta navíos y veintiocho mil hombres, armamento que en aquel tiempo era suficiente para la conquista de las islas Británicas. ¡Cuánto hubiese cambiado la faz de la historia de Europa, si aquel gran hecho de armas se hubiera realizado!

Esta hermosa ciudad de La Coruña vió salir de su luminosa bahía aquella arrogante escuadra, encargada de llevar a cabo tan altos designios.

Todos sabéis lo que aconteció: la furia de los elementos desencadenados estrelló las naves contra los acantilados ingleses y las sepultó en el fondo del mar.

Y entonces fué cuando Inglaterra para vengar aquella provocación, organiza otra poderosa flota, y, mandada por el antiguo corsario famoso Sir Francisco Drake y el general Norris, la envía contra España, a la vez que para devolver el golpe, para lograr trascendentales intenciones, como eran, en el orden religioso, herir al catolicismo intransigente, en que el rey Felipe cifraba la robustez y cohesión de sus estados; en el político intervenir en Portugal; en el mercantil anular nuestro floreciente comercio con América.

Inglaterra pone los ojos en esta privilegiada ciudad de La Coruña y se recrea en el ensueño rosado de su conquista, por ser la más próxima de España a sus is-

las, fantaseando hacerla admirable base para el desenvolvimiento de sus planes múltiples y ambiciosos en el porvenir. De ella había partido la armada provocadora; a ella debía dirigirse el golpe vindicador.

La Coruña fué el campo donde se desarrollaron las grandes escenas de aquel conflicto tan trascendental para ambos pueblos.

¡Quién había de adivinar que en la solución favorable de aquel conflicto, tan importante para España y para Europa, había de tomar tanta parte la incomparable mujer gallega!

¡Escena y hazaña dignas de formar un relumbrante episodio entre las hazañas de los héroes griegos celebrados en la Iliada; de los cruzados, que reviven en el poema del Tasso o de los guerreros inmortalizados por el autor de los Lusíadas!

Yo comparo el cerco famoso que la armada inglesa puso a La Coruña, en mayo de 1589, por mar y por tierra, con sus ciento cuarenta y cuatro naves y sus ocho mil combatientes, con aquel celeberrimo sitio de Troya, tan famoso en la antigüedad.

Yo veo este pueblo nobilísimo surgir como en masa y aprestarse a heroica defensa, replegando en la Ciudad Alta, aunque apenas disponía de guarnición, de armas ni de municiones; veo cómo las naves enemigas vomitan combatientes que emprenden el ataque formidable entre el retronar de los cañones de los navíos y de las baterías de los fuertes; veo cómo la metralla se estrella en los muros y bastiones de la ciudad casi indefensa. Día tras día, el enemigo aprieta el cerco; tala los alrededores, incendia las mieses, destruye, llevado de su furor fanático y herético, iglesias y monasterios, como las de Oza y de Cambre, y quema y muti-

la las sagradas imágenes de los santos: todo es desolación, incendio, destrucción y muerte en torno a la ciudad.

Pero, bien pronto, el fuego prende en los mismos arrabales de la Pescadería, donde se ceba el saqueo y la depredación y son destruidos magníficos edificios públicos y casas particulares. Un esfuerzo más y La Coruña quedará convertida, para siempre acaso, en posesión inglesa, en el Gibraltar del Norte de España, para eterna afrenta de la nación, que se llamaba dueña del mundo.

Y llega el día del asalto general y se redobla en suprema tensión el arranque de enemigos y defensores. Rivalizando con los hombres, las mujeres coruñesas coronan las murallas y lanzan lluvia mortífera de proyectiles sobre los asaltantes. Pero contra el tesón y el poderío de un ejército disciplinado, nada puede la resistencia de un pueblo heroico, pero casi inerme.

Ya lienzos de muralla se derrumban con fragor, abriendo anchas brechas en las defensas; ya los asaltantes comienzan a escalar el muro; ya el alférez inglés, tremolando su bandera victoriosa, se apresta a clavarla en lo alto de un torreón, para dar la señal de triunfo; cuando, al poner el pie en el cubo, una valerosa mujer cuyo marido acababa de ser muerto, hermosa y varonil, como una de aquellas diosas griegas, que en lo más recio de los combates se dejaban ver, armadas de punta en blanco, para decidir la victoria, se avalanza hacia él, le da muerte con su espada, y le arranca la bandera de sus manos.

Esta épica escena decidió la suerte de la ciudad. Ante el arrojado de aquella mujer sublime, los coruñeses,

reponiéndose, rechazan definitivamente al enemigo, que alza el cerco y huye en sus naves.

¡Salve, inmortal heroína! Tu nombre será eterno en esta ciudad. Mayor Fernández da Cámara Pita tendrá la gloria de ser para siempre como la síntesis de la belleza, del valor, del patriotismo, de la fe, del heroísmo de todas las mujeres coruñesas y se hará comparable a las más ilustres mujeres gallegas.

Por defender la fe, la patria y el hogar, esta mujer brotada de las entrañas del pueblo, se trasformó de súbito en heroína. Esas son, en efecto, tres fuentes perennes de toda clase de heroísmos.

La llamada vulgarmente María Pita es la eminente figura femenina, que, descollando entre los esplendores de la España del siglo xvi, en plena edad moderna, cierra la magnífica galería de mujeres insignes, que rápidamente me he propuesto hacer desfilas ante vuestros ojos en deslumbradora sucesión.

Esta mujer diríase encarnar la España caballeresca de la edad de oro y la Galicia moderna.

En su fisonomía no podréis negarme que se advierten rasgos que la asemejan mucho, la hermanan, por decirlo mejor, con aquella gran mujer y heroína francesa que se llamó Juana de Arco.

Preguntaban las palabras bíblicas, que me han servido de texto, ¿quién podrá encontrar la mujer de valor?

Nosotros la hemos encontrado, a través de nuestra jornada, encarnada en múltiples y variadísimos tipos.

SEÑORAS Y SEÑORES:

Estas tres mujeres, que, separadas por intervalos de siglos, se transmiten, no obstante, la tradición de un mismo espíritu gigante en nuestra región, son comparables a tres excelsas cumbres, que, a través de enormes distancias, se divisan entre sí, se comunican sus reflejos, y parecen sublimarse más al relacionarse unas con otras.

La honrosa tradición no se ha roto ni interrumpido.

Si, después de la edad moderna, pasásemos a la contemporánea, veríamos que no desaparecen aquí los grandes tipos femeninos; al contrario se multiplican gloriosamente.

Nos bastaría pronunciar tres nombres ilustres, para probarlo: los de Concepción Arenal, Rosalía Castro y Emilia Pardo Bazán, tríada contemporánea, cuyo estudio y comparación resultaría no menos interesante, que el que acabo de esbozar de las otras tres mujeres de nuestro pasado.

Harto he molestado vuestra atención y abusado de vuestra benevolencia, para detenerme ahora a hablar de estos tres genios, que, no sólo pertenecen al presente, sino que ofrecen ya claros vislumbres de la mujer gallega del porvenir.

La una parece haber adivinado la futura constitución social de la humanidad; la otra tuvo presentimientos e intuiciones muy prematuras en la esfera artística; la última es heraldo y precursora de un elevado estado cultural, que tardará en realizarse.

Pero no quiero descender de esta cátedra, sin decir una última palabra sobre la mujer gallega del porvenir para completar mi pensamiento.

Todos vemos, a través de los horrores de la guerra actual, dibujarse en los lejanos horizontes los indicios de una nueva civilización futura, o, si queréis, de la reforma de la civilización actual: la humanidad está en trance de alumbramiento doloroso. Pues yo os afirmo que una de esas grandes innovaciones o reformas, que se irán paulatinamente acentuando más, al cesar la conflagración, se referirá a la intervención de la mujer en la marcha de las sociedades y civilizaciones: es decir, al problema femenino, de que he hablado al principio.

La actuación de la mujer tiene que ser cada vez más honda, más directa, más eficaz, más influyente en el mundo.

Las civilizaciones, que hasta ahora han sido creadas casi exclusiva y directamente por influencias masculinas, en adelante, para perfeccionarse, necesitarán la incorporación de una gran cantidad de feminismo. De otro modo, no tendremos más, como en general hasta ahora, que civilizaciones mutiladas y deformes.

La humanidad no es el varón solo; es también la mujer.

Ambos han de actuar igualmente en el mundo.

Así es como ha de lograrse una humanidad más perfecta, en que desaparezca el único predominio absurdo de la fuerza bruta y tenga mayor preeminencia el sentimiento.

El porvenir lo hará la mujer. En el momento en que iguale a la del hombre su influencia, se creará una civilización mucho más perfecta.

Galicia, señores, que, por instinto, como en general los pueblos de raíz galo-céltica, tiende a conceder igual influjo que al varón a la mujer, tiene grandes garantías de espléndido porvenir, como sabrá conquistarlo.

Este será uno de los grandes ideales futuros.

Yo observo, examinando el curso de la historia y desentrañando el espíritu de las civilizaciones, que la condición de la mujer puede reducirse a tres categorías: los pueblos más meridionales, el fanático mahometano, por ejemplo, degradan la mujer hasta considerarla inferior al varón, objeto de placer y pasatiempo; en los más setentrionales, de tendencia materialista, la mujer llega, como en nuestros tiempos, hasta a rebelarse contra el varón, a declararle guerra y querer imponérselo por la violencia; en la zona media, de supremo humanismo, por donde se extienden las ramificaciones de esa misteriosa y admirable raza céltica, cuya virtualidad aún dista mucho del máximo desarrollo, es donde, ya en virtud de remotas tradiciones, se tiende a equiparar las influencias; creo que este término medio, por ser el más humano y el punto de intersección en que el idealismo y materialismo exagerados se funden en creador equilibrio, es el que señala la dirección del porvenir. Tan absurdo me parece el que pudiéramos llamar orientalismo de la mujer meridional, como el feminismo rebelde y antipático de las hembras del Norte.

¿No se llama en la primera página de la Biblia a la mujer la compañera del varón, como si dijera, su colaboradora en todos los órdenes?

Saludemos, pues, señores, esa civilización, que

vislumbramos y trabajemos por procurar su pronta realidad.

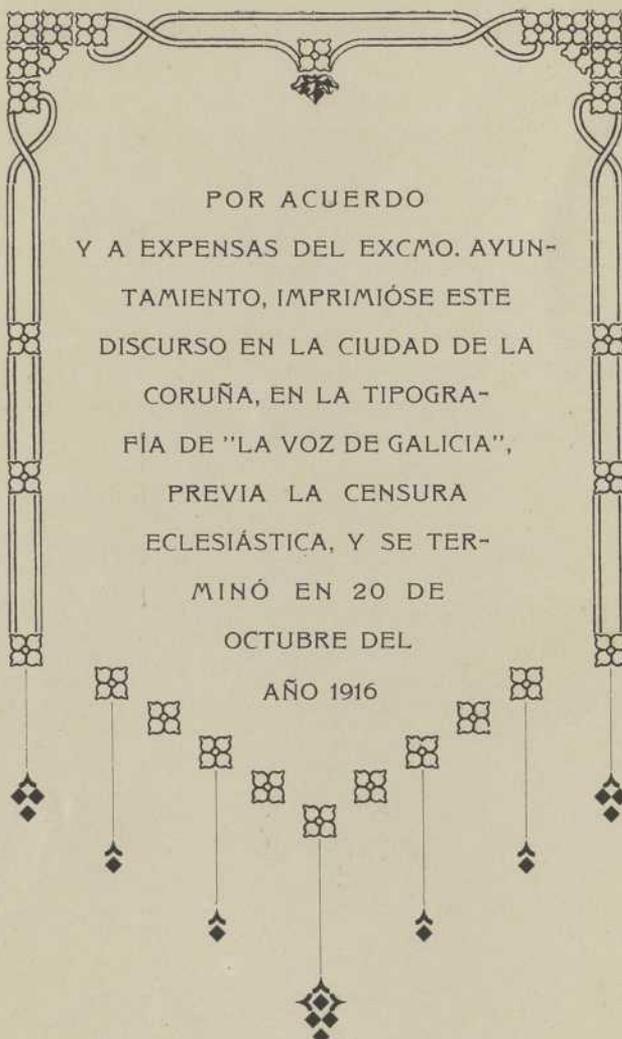
Dispóngase nuestra región a intervenir eficazmente, desarrollando su natural energía y tendencia, en este mejoramiento de la humanidad, a que su espíritu la llama, comulgando en los grandes ideales de los pueblos célticos.

Soñemos, en medio de las desventuras y miserias de los tiempos actuales, en que se quiere instaurar el abominable imperio de la fuerza bruta, grandezas y lontananzas, libertadoras del mañana, ya que el cielo nos dió, por dicha, esta alma tan abierta a los más dilatados horizontes de luz, de progreso y bienandanza.

HE DICHO

La Coruña, agosto 6 de 1916.





POR ACUERDO
Y A EXPENSAS DEL EXCMO. AYUN-
TAMIENTO, IMPRIMIÓSE ESTE
DISCURSO EN LA CIUDAD DE LA
CORUÑA, EN LA TIPOGRA-
FÍA DE "LA VOZ DE GALICIA",
PREVIA LA CENSURA
ECLESIAÍSTICA, Y SE TER-
MINÓ EN 20 DE
OCTUBRE DEL
AÑO 1916

OBRAS DEL Sr. LÓPEZ CARBALLEIRA

LEÓN XIII, RESTAURADOR DE LOS ESTUDIOS
TEOLÓGICOS Y DE LOS ESTUDIOS HISTÓRICOS.

—Disertación leída en la Universidad Pontificia de
Santiago.—1903.

MUJERES CERVANTINAS.—Estudio escrito en el
Centenario del «Quijote».—1905.

JULIANO APÓSTATA.—Disertación leída en la Uni-
versidad Pontificia de Santiago.—1907.

MISTERIO DE LA TRINIDAD.—Discurso leído en la
inauguración del año académico.—1908.

SAN ROSENDO (siglo X).—Estudio histórico.—Un
tomo de 212 págs.—1909.

EMMO. CARDENAL MARTÍN DE HERRERA.—Esbo-
zo biográfico.—1909.

LA MUJER.—Conferencia leída en el Ateneo de San-
tiago.—1910.

ANTONIO LÓPEZ FERREIRO.—Esbozo biográfi-
co.—1911.

OBRAS ORATORIAS.—Inédita.

MISTICISMO GALLEGO: PRISCILIANO.—Conferencia
leída en el Ateneo de Madrid en 1916.—Inédita.

RELIGIÓN Y RELIGIONES.—Ensayo filosófico, cien-
tífico e histórico.—Un volumen de 300 págs.—
Inédita.